

## Las haciendas: una historia en blanco y negro

Aurelio de los Reyes

Universidad Nacional Autónoma de México

Yampolsky, Mariana. *Haciendas poblanas*, textos de Ricardo Rendón Garcini, asesoría e investigación de Óscar Hagerman, México, UIA/Comisión Puebla V Centenario, 1992, 119 pp.

No cabe duda de que durante los tres últimos sexenios, en los medios políticos, sociales y académicos, la nostalgia por la hacienda, como sistema de producción agrícola y como modo de vida, se ha revitalizado. La mirada benévola se ha manifestado, para no ir más lejos, en las telenovelas *Morir para vivir*, *Balada por un amor* ("...esta hacienda, en poder de mis antepasados desde trescientos años...") y, recientemente, en *Clarisa*, donde la hacienda es escenario y trasfondo del argumento.

Un numeroso sector social de profesionistas, comerciantes medios, políticos, pequeños y grandes industriales, en fin, de hombres exitosos venidos a más, acorde con su nuevo *status*, anhela y suspira por vivir en una añosa construcción. Si no la tienen, construyen una casa en poblaciones periféricas del Distrito Federal o de las prósperas ciudades de provincia, que emula a las haciendas y la bautizan con el nombre de "ex hacienda de...", "antigua hacienda de..." o bien se conforman con asistir a restaurantes cuyos propietarios, sensibles a los gustos de sus clientes, ambientaron una construcción de los cuarenta o de los cincuenta, cuando ya las haciendas eran un recuerdo y una nostalgia, y que además bautizan también con el nombre de "Ex hacienda" o "Antigua hacienda de..." La troje, La Noria, de Xala; o sin pudor alguno usan el nombre de haciendas conocidas, como La Gavia. Nombres que sus clientes asocian con facilidad a la vida rural de un sector de la sociedad venido a menos hace muchos años.

Tal actitud contradice la leyenda negra sobre las haciendas, creada por la Revolución para justificar la reforma agraria y para justificarse a sí misma. Esta leyenda tuvo su origen en algunas haciendas, sobre todo en las del sureste del país (el *México bárbaro* de John Kenneth Turner), pero que por necesidad política se generalizó a todas las haciendas.

Desde luego que si en México se planteó la necesidad de repartir tierras, fue porque las haciendas no satisficieron esa necesidad, pero de eso, a que en todas las haciendas hubiese esclavismo hay una gran distancia.

La Revolución asoció a las haciendas con el porfirismo a pesar de ser éstas una institución colonial, quizá porque durante el gobierno de Porfirio Díaz disfrutaron de prosperidad económica. De esa manera, la hacienda quedó estrechamente unida al porfirismo en la retórica de los políticos.

La leyenda negra creó paulatinamente una imagen con elementos característicos e inseparables: un patrón que vivía en la ciudad de México, ayudado por un capataz que, fuese en mano, explotaba sin misericordia a los campesinos, endeudados de por vida con la hacienda por medio de la tienda de raya, a quienes, para colmo, el hacendado mantenía en la ignorancia. En pocas palabras, en las haciendas había un régimen feudal de semiesclavitud.

No pocos pintores de la plástica mexicana (Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Pablo O'Higgins, entre otros) ilustraron ampliamente esta pentalogía:

	patrón
+	capataz
+	peones
+	tienda de raya
+	<u>no escuelas</u>
=	a haciendas

que dominó la retórica plástica (no olvidar a los epígonos del muralismo) y agrarista durante cerca de cincuenta años.

En 1952 Françoise Chevalier publicó su investigación para explicar el latifundismo en México,<sup>1</sup> la cual inició la desatanización de las haciendas.

Debieron pasar más de veinte años para que otros investigadores profundizaran en el tema. Mediante estudios de casos: Jan Bazant;<sup>2</sup> o visiones de conjunto: Enrique Florescano,<sup>3</sup> Juan Felipe Leal,<sup>4</sup> Gisela von Wobeser,<sup>5</sup> y tantos otros. En la década de los ochenta el estudio de las haciendas se convirtió en una moda en

<sup>1</sup> Françoise Chevalier, *La Formation des grands domaines au Mexique. Terre et société aux XVI-XVII siècles*, Paris, Institut d'Ethnologie, 1952. En México se publicó ese mismo año en la revista *Problemas agrícolas e industriales de México*.

<sup>2</sup> Jean Bazant, *Cinco haciendas mexicanas*, México, El Colegio de México, 1975.

<sup>3</sup> Enrique Florescano, *Orígenes y desarrollo de los problemas agrarios en México. 1500-1821*, México, Era, 1981.

<sup>4</sup> Juan Felipe Leal y Mario Huacuja, *Fuentes para el estudio de la hacienda en México. 1856-1940*, México, UNAM, 1976; y *La hacienda pulquera en el cambio. Siglos XVIII, XIX y XX*, México, Era, 1982.

<sup>5</sup> Gisela von Wobeser, *La formación de la hacienda en la época colonial. El uso de la tierra y el agua*, México, UNAM, 1983.

los medios académicos, al grado de plantear la necesidad de organizar un congreso para confrontar temas, métodos y enfoques.<sup>6</sup>

A pesar de todo considero vigente la conclusión de Víctor Manuel González Esparza: "No obstante [...] continúan existiendo desigualdades en la información tanto en términos geográficos como cronológicos. Es decir, tenemos definiciones no incompletas sino inconclusas".<sup>7</sup>

El libro aquí comentado es producto de la curiosidad por conocer y penetrar en el misterio y encanto de las haciendas.

El mundo de la academia crea sus propios mitos y sus propias convenciones, pese a ser el reinado de la razón. Y si bien ha profundizado en el conocimiento de las haciendas, tiende a la generalización; y del estudio de *un* caso, se concluye: "en las haciendas ocurría esto, o lo otro...", difundándose apreciaciones erróneas, pero, por otro lado, también se cayó en el extremo de crear la contraparte de la leyenda negra: "la leyenda blanca", cuyo exponente, a juicio de González Esparza, es Harry Cross, quien a pesar de utilizar "los libros de contabilidad de algunas haciendas, cae en los mismos esquematismos y generalidades de la interpretación que pretende cuestionar. Por ejemplo, no desarrolla dos elementos fundamentales: la deuda y los salarios de los trabajadores agrícolas".<sup>8</sup>

Asimismo en la mayoría de los estudios se clasificó arbitrariamente a las haciendas en: agrícolas o ganaderas, sin permitir la posibilidad de que hubiese haciendas basadas en un régimen económico mixto sustentado en la agricultura, en la ganadería y en la manufactura a la vez.

Frente a estas dos convenciones: la leyenda negra de la retórica de los políticos y la leyenda blanca de retórica académica, los autores de *Haciendas poblanas* reaccionan con el texto, las imágenes y los pies de las ilustraciones.

En la apretada introducción al libro, Ricardo Rendón, conocedor de la literatura sobre el tema, sintetiza, critica y corrige implícitamente ideas previas sobre las haciendas, trátase de una u otra leyenda, o bien de las generalizaciones a partir de estudios de casos. Basten estas citas:

un vasto territorio con diferentes tipos de haciendas [...]

<sup>6</sup> *Vide Origen y evolución de la hacienda en México siglos XVI al XX*, México, UIA, El Colegio Mexiquense, INAH, 1990.

<sup>7</sup> Víctor Manuel González Esparza, *Una hacienda zacatecana durante el porfiriato*, tesis para obtener el grado de maestro en Historia, México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1985, inédita.

<sup>8</sup> *Idem.*, p. 98.

[...] había importantes diferencias impuestas por lo largo del tiempo, lo ancho del espacio y lo profundo de la producción.

[...] los hacendados tampoco fueron un grupo social homogéneo. Los hubo nobles y también plebeyos; había clérigos y laicos; existían los que se conformaban con ser rentistas y los que eran auténticos inversionistas, los que buscaban sólo el prestigio y el poder señorial, y los que llegaban a ser modernos empresarios, algunos expandieron sus territorios hasta formar latifundios, y otros vendieron y rentaron hasta quedarse con un pequeño rancho; los hubo crueles, explotadores, paternalistas y bienhechores.<sup>9</sup>

Rendón enfatiza la condicionante geográfica sobre el régimen económico de las haciendas. Frente al encasillamiento académico de hacienda agrícola o ganadera, precisa que las había de uno u otro sistema económico, pero, sobre todo, que las había mixtas, lo cual dependía de no pocos factores que, por supuesto, aclara.

Frente a las leyendas negra y blanca, Rendón dice:

La situación de los trabajadores de las haciendas mexicanas fue muy variable a través de la historia y de la geografía. Diversos factores de orden económico, demográfico, ecológico, político y social influyeron en gran medida en la organización laboral de la hacienda [...]. En la mayoría [...] existía una tienda en donde los trabajadores podían adquirir mercancías básicas en abonos, a veces a precios altos, pero generalmente a un costo muy razonable. Los endeudamientos no sólo funcionaban como un mecanismo de retención forzosa, también significaban una especie de sobresueldo, un privilegio de *status* y una manifestación de las relaciones paternalistas existentes entre el hacendado y sus trabajadores. Protección a cambio de servicios y de lealtad. El sistema fue tan eficiente, que rara vez los peones se rebelaron contra sus "amos"; antes al contrario, la mayoría de ellos tomaron las armas para defender las fincas cuando fueron asediadas, primero por [...] bandoleros y más tarde por tropas revolucionarias.<sup>10</sup>

*Haciendas poblanas* es un libro que con palabra e imágenes trata de dar una idea global de las haciendas, dígalos si no el índice: "Introducción", de Ricardo Rendón. Es el texto más extenso a la vez que el más jugoso. Habla de la multiplicidad de las características de las haciendas mexicanas en el tiempo y en el

<sup>9</sup> Ricardo Rendón, "Introducción", Mariana Yampolsky, *Haciendas poblanas*, p. 16.

<sup>10</sup> *Idem.*, pp. 20-22.

espacio. Siguen "La producción", "El agua" y "La habitación". Los títulos enuncian con claridad el contenido, integrado por un texto sumamente breve y por las fotografías de Mariana Yampolsky, apoyadas por los pies de ilustración de Óscar Hagerman.

Una novedad dentro de la historiografía sobre las haciendas es la importancia otorgada a la imagen; ésta ha venido ganando espacio en las publicaciones académicas especializadas. De ser un apéndice un tanto estorboso; un molesto calificativo, o un calificativo difícil de manejar, ha pasado a ser sustantivo. Los pies de ilustración de las imágenes de este libro revelan que Mariana Yampolsky y Óscar Hagerman llevaron a cabo una investigación de campo minuciosa, porque retrataron aquellos elementos integrantes de las haciendas indispensables para conocer su funcionamiento. Ninguna fotografía es gratuita. Todas y cada una muestran diferencias accesorias.

El texto de cada uno de los apartados es breve porque la palabra escrita deja la narración a las fotografías, las cuales sustituyen a la pluma para describir de manera inmejorable lo que queda de las haciendas poblanas, de ahí que las veamos como parte sustantiva de la narración y no como un complemento.

En lugar de páginas y páginas de texto descriptivo, el lector lee placenteramente y con calma la descripción fotográfica de Mariana Yampolsky. Las imágenes hablan con mayor claridad y contundencia, auxiliadas por unas cuantas palabras al pie, que cualquier texto que intente una descripción fotográfica al estilo de Emilio Zolá. Tomemos al arbitrio cualquier página dominada por la fotografía:

*San Nicolás Temextla.*

Los silos funcionaban como latas de conserva; se llenaban de pastura y se cubrían con una capa de tierra. En algunos casos las ventanas se sellaban con piedra y lodo.

La fotografía que apoya el texto anterior ofrece una vista a lo lejos de los silos de la hacienda mencionada, que desde luego no voy a describir porque el lector la puede disfrutar en la página 27.

La imagen por sí misma no puede decir todo. De ahí la necesidad de apoyarla con un pequeño texto explicativo, como casi todos los pies de ilustración, unos más breves que otros, dependiendo del grado de necesidad de la imagen, como las dos imágenes de la página 32:

*San Miguel la Blanca.*

Vista interior del techo del gavillero. Los tensores contrarrestan los esfuerzos laterales.

San Nicolás Temextla.

La teja empleada en esta techumbre se conoce como teja de gancho o teja de chichita. El nombre se debe a que en la parte inferior tiene una saliente que sirve para colgarla de las cintillas de madera. Con este sistema, en zonas de lluvias intensas se podían hacer techos con pendientes muy pronunciados

Pocos libros integran texto, imagen y pies de ilustración en un cuerpo inseparable, como en un triángulo amoroso perfecto; pocas veces se crea la necesidad de la interdependencia de los tres elementos como en este libro de las haciendas poblanas. ■